

Hisaye Yamamoto – “Diecisiete sílabas” (1949)¹

La primera vez que Rosie supo que su madre se dedicaba a escribir poemas fue cuando ella terminó uno y lo leyó en voz alta en busca de la aprobación de su hija. Era sobre gatos, y Rosie pretendió entenderlo por completo y apreciarlo infinitamente, en parte porque no quería desilusionar a su madre sobre la cantidad y calidad del japonés que había aprendido en todos estos años en los que ella estuvo yendo a la escuela japonesa cada sábado (y también los miércoles, durante el verano). Incluso así, su madre debió haberse sentido escéptica acerca del nivel de comprensión de Rosie, porque luego le explicó la clase de poema que estaba tratando de escribir.

Mirá, Rosie, dijo, es un *haiku*, un poema en el que ella debía apretar todo su sentido en tan sólo diecisiete sílabas, las cuales estaban divididas en líneas de cinco, siete y cinco sílabas. En el que acababa de leer, había tratado de capturar el encanto de un gatito así como también opinar sobre la superstición de que tener un gato tricolor significaba buena suerte.

“Sí, sí, entiendo. Absolutamente tierno”, dijo Rosie, y su madre, o bien satisfecha o viendo a través del engaño y resignándose, regresó a la escritura.

La verdad era que Rosie era perezosa; el inglés aguardaba listo en la punta de su lengua, pero el japonés debía ser buscado y examinado, incluso desplegado tentativamente (de seguro para ser recibido a carcajadas). Era mucho más fácil decir sí, sí, incluso cuando una quería decir no, no. Además, esto era lo que quería decir en su cabeza: Anoche estaba hojeando una de tus revistas traídas de Japón, Madre, y hacia el final encontré unos *haiku* en inglés que me encantaron. Había uno que me hizo reír una y otra vez hasta quedarme dormida:

Es de mañana, y oh!

Estoy tirada, comme il faut,

Suspirando por guita.

Ahora, ¿cómo llegar hasta su madre, cómo comunicar la canción de la melancolía? Rosie sabía japonés formal a los ponchazos. Su madre aún menos inglés, nada de francés. Era mucho más aceptable decir sí, sí.

Resultó que su madre estaba escribiendo el *haiku* para un diario, el *Mainichi Shimbun*², que se publicaba en San Francisco. Los Angeles, por supuesto, estaba más cerca de la comunidad agrícola en la que vivía la familia Hayashi, y muchas publicaciones vernáculas se imprimían allá, pero los padres de Rosie decían preferir el tono del periódico de la zona norte. Una vez por semana, el *Mainichi* traía una sección dedicada al *haiku*, y su madre se convirtió en una colaboradora extravagante, tomando para sí el florido nombre de pluma de Ume Hanazono³.

De modo que Rosie y su padre vivieron por un tiempo con dos mujeres, su madre y Ume Hanazono. Su madre (de nombre Tome Hayashi) mantenía la casa, cocinaba, lavaba y, junto a su marido y los Carrasco, la familia mexicana contratada para la cosecha, hacía su gran parte en recolectar los tomates de los cultivos sofocantes y apilarlos prolijamente en cajas dentro del fresco cobertizo para su envasado. Ume Hanazono, quien cobraba vida luego de terminar los platos de la

¹ Hisaye Yamamoto, “Seventeen Syllables”, en *Seventeen Syllables and Other Stories*. Rutgers University Press, 1988. Traducción de Martín Felipe Castagnet.

² Literalmente “Periódico diario” (毎日新聞).

³ Literalmente “Jardín de flores de ciruelo” (梅花園).

cena, era una extraña severa y balbuciente que no solía responder cuando se le hablaba y se mantenía ocupada hasta la medianoche en la mesa de la sala garabateando en borradores con lápiz o trazando caracteres en papel de buena calidad con su Parker verdosa y gorda.

El nuevo interés tuvo algunas repercusiones en la rutina doméstica. Antes, Rosie había sido acostumbrada a que sus padres y ella tomaran sus baños calientes temprano para luego irse de inmediato a la cama, a menos que sus padres se desafiaran uno a otro a una partida de tarjetas de flores⁴ o a menos que cayera alguna compañía. Ahora si su padre quería jugar a las cartas debía valerse del solitario (en el cual siempre hacía trampa sin ningún miedo), y si llegaba un grupo de amigos, era seguro que alguno de ellos también escribiera *haiku* y la pequeña reunión se dividía en dos, su padre entreteniendo a los miembros no literarios y su madre comparando anotaciones extáticas con el poeta de visita.

Si salían, era más de lo mismo. Pero la vida de Ume Hanazono fue muy breve, incluso, para un poeta – quizás tres meses como mucho.

Una noche fueron a visitar a la familia Hayano en el pueblo vecino al oeste, una aventura tanto atractiva como dolorosa para Rosie. Era atractiva por las cuatro chicas Hayano, todas amorosas y cada una llamada tras una de las estaciones del año (Haru, Natsu, Aki, Fuyu⁵); dolorosa porque algo había salido mal con la señora Hayano desde el nacimiento de su primera hija. De vez en cuando Rosie observaba a la señora Hayano, quien tenía la reputación de haber sido la belleza local en su pueblo de nacimiento, mientras atravesaba un cuarto, agachada, arrastrándose lentamente, temblando con violencia (temblando *siempre*), y ella recordaría que esta mujer, en esta misma condición, había cargado y parido otros tres bebés. También miraba maravillada al señor Hayano, apuesto, alto y fuerte, y a sus cuatro hermosas amigas. Pero no era algo sobre lo que ella pudiera llegar a una condición.

En esta visita, sin embargo, la señora Hayano se mantuvo sentada en la mecedora toda la noche, lo más discreta e inmóvil que le era posible, y Rosie sintió prácticamente anestesiada la mayor parte de la noche. También la pasó sobre todo en el cuarto de las chicas porque Haru, la más charlatana, dijo casi inmediatamente después de que terminaran las inclinaciones y demás saludos, “¡Ah, tenés que ver mi nuevo abrigo!”.

Era un gabán pálido en gris, arena y azul, con un cuello enorme, y Rosie, sin ver nada especial en eso, dijo “Uh, qué lindo”.

“¿Lindo?”, dijo Haru, indignada. “¿Eso es lo único que podés decir? ¡Es hermoso! Y muy barato además. Solo diecisiete con noventa y ocho, porque estaba en liquidación. La vendedora me dijo que solía estar a veinticinco dólares.”

“Uh”, dijo Rosie. Natsu, que nunca decía mucho y cuando decía algo lo decía tímidamente, toqueteó el abrigo con codicia y Haru se lo quitó.

“Mío”, dijo, mientras se lo ponía. Caminó en puntas de pie por el pasillo que separaba las dos camas grandes y sonrió con felicidad. “Vayamos a ver si le gusta a tu mamá”.

Corrió a la sala y a la conversación de los adultos y se paró frente a la madre de Rosie, mientras el resto miraba desde la puerta. La madre de Rosie estaba debidamente envidiosa. “¿Lo puedo heredar cuando vos dejes de usarlo?”.

⁴ *Hanafuda* (花札), una tradicional baraja de cartas japonesas compuesta de cuatro cartas por cada uno de los doce palos.

⁵ Primavera, Verano, Otoño e Invierno respectivamente.

Literatura Norteamericana

Haru, satisfecha, se rió y dijo que sí, podía, pero Natsu recordó con gravedad desde la puerta, “Me lo prometiste, Haru”.

Todos se rieron salvo Natsu, que se retiró al cuarto avergonzada. Haru volvió riéndose, mientras se quitaba el abrigo. “Acá tenés, ahora probátele vos”.

Después de que Natsu se abrochara el abrigo y se inspeccionara en el espejo del escritorio con solemnidad, les llegó el turno a Rosie, Aki y Fuyu, y Fuyu, que tenía ocho, se hundió en el abrigo mientras sus hermanas y Rosie se doblaban de risa. Después volvieron a la sala, porque la madre de Haru la llamó temblorosamente para que sirviera el té y las tortas de arroz y para que abriera una lata de duraznos trozados para todos. Rosie advirtió que su madre y el señor Hayano charlaban juntos frente a la mesita; estaban discutiendo un *haiku* que el señor Hayano estaba planeando enviar al *Mainichi*, mientras que su padre estaba sentado en un extremo del sofá hojeando un ejemplar de la *Life*, la nueva revista de fotografía. Ocasionalmente, su padre comentaba alguna imagen, sosteniéndola en dirección a la señora Hayano, hablándole como siempre le hablaba: fuerte, como si pensara que alguien como ella debía seguramente estar algo sorda por lo menos.

Las cinco chicas tomaban sus refrescos en la mesa de la cocina; mientras Rosie les mostraba a las hermanas su truco de tragar trozos de durazno sin masticar (ella pasaba cada pedazo en forma de medialuna con un sorbo de té), su padre llevó su taza vacía y el plato impecable a la bacha de la cocina y le dijo, “Vamos, Rosie, nos volvemos ahora”.

“¿Ya?”, preguntó Rosie.

“Trabajo mañana”, respondió.

Sonaba irritado, y Rosie, confundida, tragó un último pedazo amarillo y se levantó para irse mientras las hermanas comenzaron a protestar, como era su costumbre.

“Tenemos que levantarnos a las cinco y media”, les dijo, yendo rápidamente a la sala, de modo que no tuvieran su chance habitual de colgarse de sus manos y rogar por más tiempo.

Rosie, siguiéndolo, vio que su madre y el señor Hayano seguían hablando y tomando té, mientras que la señora Hayano se concentraba, temblando, en levantar con ambas manos la taza japonesa sin asas hasta sus labios y luego de nuevo hasta su falda. Su padre, sin decir nada, salió por la puerta al porche luminoso y bajó los escalones. Su madre levantó la vista y dijo: “¿A dónde está yendo?”.

“¿A dónde está yendo?”, dijo Rosie. “Dijo que estamos yendo a casa ahora mismo.” “¿Yendo a casa?”. Su madre miró avergonzada al señor Hayano y a su absorta esposa, y luego forzó una sonrisa. “Debe estar cansado”, dijo.

Haru todavía no se rendía. “¿Puede Rosie quedarse a dormir?”, preguntó, y Natsu, Aki y Fuyu se acercaron para reforzar el pedido de su hermana formando un círculo alrededor de la madre de Rosie. Rosie, por una vez sin deseos de quedarse, se alivió cuando su madre, al mismo tiempo que les pedía disculpas a los incómodos señor y señora Hayano por el abrupto carácter del padre de Rosie, se las arregló para sacudir la cabeza negativamente en dirección al cuarteto de modo amable pero con firmeza, así que ellas rompieron el círculo y la dejaron ir.

El padre de Rosie miraba hacia el parabrisas cuando las dos lo alcanzaron. “Lo siento”, dijo su madre. “Debés estar cansado”. Su padre, pisando el acelerador, no dijo nada. “Sabés cómo me pongo cuando tiene que ver con los *haiku*”, continuó. “Me olvido del tiempo”. Él sólo gruñó.

Mientras manejaban hacia la casa en silencio, Rosie, sentada en el medio, sintió un arranque de odio hacia ambos: a su madre por rogar, a su padre por negar a su madre. Ojalá este Ford chocara ahora mismo, pensó, e inmediatamente no, no, ojalá mi padre se riera, pero era demasiado tarde: ya

había pasado por su cabeza la visión de la pick-up verde compactada en la oscuridad contra uno de los poderosos árboles de eucalipto que acababan de pasar, los tres cuerpos retorcidos, sangrando, uno de ellos el suyo.

Rosie corrió entre dos parcelas de tomates, su corazón trabajando más bulliciosamente que lo que ella hubiera creído posible. Qué afortunado era que la tía Taka y el tío Gimpachi hayan venido esta noche, qué afortunado en verdad. De otra manera ella no hubiera podido cumplir realmente su promesa a medias de encontrarse con Jesús Carrasco. En septiembre Jesús iba a convertirse en estudiante de último año en el mismo colegio al que ella iba, y los padres de él eran los que ayudaban con los tomates este año. Ella y Jesús, que a duras penas recordaba haberse visto mutuamente en la secundaria Cleveland con tantas otras personas y dos grados completos entre ellos, se habían vuelto grandes amigos durante este verano; él siempre tenía una broma para ella cuando periódicamente conducía la pick-up llena desde los cultivos hasta el cobertizo donde ella usualmente clasificaba tomates mientras su madre y su padre hacían el envasado, y ambos se reían mucho a través de réplicas chistosas infinitesimales a lo largo de la pausa de la tarde para comer helado o melón frío a la sombra del cobertizo.

Lo que más disfrutaba era correrle para ver cuál de los dos podía juntar primero una doble fila. Él, que trabajaba más rápido, la provocaba desacelerando hasta que ella pudiera pasarlo, para acelerar furiosamente y dejarla varias viñas crecidas atrás. Una vez la hizo chillar de repulsión cuando, aprovechando que le daba la espalda, dejó sobre los tomates de su balde mohoso un gusano verde pálido verdaderamente monstruoso (parecía más una serpiente bebé). Y fue esa mañana al terminar una carrera, después de que ella jadeando le señalara con un dedo verdoso los tomates inmaduros en los frascos al final de su fila y él (con justicia) le devolviera la acusación, cuando llamativamente él sacó a la luz el tema de su posible encuentro fuera del rango de los ojos sospechosos de ambos padres.

“¿Para qué?”, había preguntado ella.

“Tengo un secreto que quiero contarte”, respondió. “Contame ahora”, exigió ella.

“No va a estar listo hasta esta noche”, dijo. Ella se rió. “Contame mañana entonces”. “Mañana ya se habrá ido”, amenazó.

“Bueno, por siete merluzas, ¿qué es?”, ella había preguntado, más que dos veces, y cuando él había sugerido que el cobertizo sería un lugar apropiado para averiguarlo, ella había contestado tal vez. No había estado segura si iba a cumplir con la cita hasta el arribo de la hermana de su madre y su esposo. Su llegada pareció una especie de señal de permiso, de gracia, y ella había tomado la decisión de mentir y escapar en cuanto se inclinó para darles la bienvenida.

Así que tan pronto como todos parecieron acomodados para la velada, ella anunció sonoramente que salía al baño. “¡Voy al *benjo*!” y se escabulló por la puerta. Y ahora que realmente estaba en camino, su corazón latía de una forma tan indisciplinada que podía escucharlo en sus oídos. Es porque estoy corriendo, se dijo a sí misma, bajando la marcha hasta caminar. El cobertizo estaba más adelante, una parcela más de distancia, en el medio de los cultivos. Su gran tamaño, acercándose en la oscuridad, adquirió un manto siniestro que se volvió gracioso cuando Rosie recordó que era sólo una estructura de madera con techo de lona y tres paredes de lona que hacían un sonido a cachetadas durante los días ventosos.

Literatura Norteamericana

Jesús estaba sentado en la plancha angosta que era la plataforma clasificatoria, y ella dio la vuelta y saltó hacia atrás para sentarse en el borde del puesto de envasado. “Bueno, contame”, dijo sin saludar, pensando que su voz sonaba tranquilizadoramente familiar.

“Te vi cuando saliste”, dijo Jesús. “Te escuché corriendo parte del camino, también”.

“Aha”, dijo Rosie. “Ahora contame el secreto”. “Tenía miedo de que no vinieras”, respondió.

Rosie inspeccionó el fondo de alambre del cesto para los tomates número dos, maduros, que estaban a su lado, y emergió con una sobra que parecía comestible. Lo mordió y comenzó a sorber la pulpa y las semillas. “Acá estoy”, señaló.

“Rosie, ¿te lamentás por haber venido?”

“¿Lamentarme? ¿Por qué?”, dijo ella. “Vos dijiste que me ibas a contar algo”.

“Lo voy a hacer, lo voy a hacer”, dijo Jesús, pero su voz sonaba decepcionada, y Rosie se sintió fugazmente la más vieja de los dos, dándose cuenta de un poder completamente nuevo que se desvaneció sin poder clasificarlo en ninguna categoría que ella reconociera.

“Tengo que volver en un minuto”, dijo. “Mi tía y mi tío vinieron desde Wintersburg. Les dije que iba al baño”.

Jesús se rió. “Sos una cosa graciosa vos”, dijo. “Me matás”.

“Sólo porque vos tenés baño *adentro*”, contestó Rosie. “Dale, contame.”

Riéndose, Jesús dio la vuelta para apoyarse en el puesto en dirección a ella. Todavía no se podían ver uno a otro con claridad, pero Rosie notó que Jesús se había puesto muy sobrio cuando le quitó el tomate hueco de su mano y lo tiró de regreso al puesto. Cuando le sostuvo la mano vacía, ella no pudo encontrar palabras de protesta; su vocabulario se había vuelto angustiosamente limitado y pensó con desesperación que todo lo que permanecía intacto era sí y no y ah, e incluso esos pocos sonidos no salían con facilidad. Así, besada por Jesús, Rosie se sintió por primera vez enteramente víctima de una impotencia deliciosa más allá de las palabras. Pero la bella, terrible sensación no duró más que un segundo, y la realidad de los labios y lengua y dientes y manos de Jesús la hicieron apartarse con tanta fuerza que estuvo a punto de caer.

Rosie dejó de correr al aproximarse a las luces de las ventanas de la casa. ¿Cuánto tiempo desde que se había ido? No podía estimar, pero todavía jadeando se encerró en el baño ubicado atrás de la casa. Su propio aliento la ensordecía en el oscuro espacio cerrado, y se sentó y esperó hasta que pudo oír el llamado nocturno de los sapos y los grillos. Incluso entonces, todo lo que podía pensar en decir era oh, dios, y la presión de Jesús contra su cara no la abandonaba.

Nadie la había echado de menos en la sala, sin embargo, y Rosie entró y salió rápidamente, anunciando que se iba a tomar un baño. “Tu padre está en la caseta de baño”, dijo su madre, y Rosie, en su cuarto, recordó no haberlo visto al entrar. Sólo estaban la tía Taka y el tío Gimpachi junto a su madre en la mesa, tomando té. Se puso la bata y las sandalias de paja y cruzó la sala para salir de nuevo. Su madre les estaba contando sobre la competencia de *haiku* en el *Mainichi* y el poema que ella había enviado.

Rosie se encontró con su padre a la salida del baño. “¿Ya terminaste, Padre?”, preguntó. “Te iba a pedir si me podías frotar la espalda”.

“Frotate vos misma”, contestó con sequedad, yendo hacia la casa principal.

“¿Ahora qué es lo que hice?”, le gritó. De repente sintió como que estaba gritando un montón. Pero él no respondió, y ella entró en la caseta de baño. Encendiendo la luz colgante, se

quitó los jeans y la remera y los tiró en el gran cesto para la ropa sucia junto al lavarropas. Sus demás cosas se las llevó con ella al cuarto de baño para lavarlas después de bañarse. Después de llenar una palangana con agua caliente de la bañera cuadrada de madera, se sentó en el cemento gris del suelo y se enjabonó con exagerado placer, mientras cantaba “Las velas rojas al atardecer” con toda la fuerza de su voz, y usando la-la-la cuando dudaba de las palabras. Luego, levantándose, aun cantando, porque estaba embargada por la idea de que cualquier intento de análisis ahora terminaría por arruinarlo, y además convencida de que cuanto más volumen menos se escucharía a sí misma, juntó más agua caliente se la volcó encima hasta estar libre de espuma. Sólo entonces se permitió entrar en la bañera humeante, una pierna primero, luego el resto de su cuerpo centímetro a centímetro hasta que el agua dejó de picar y ella pudo moverse a voluntad.

Se tomó su tiempo en remojo, y más tarde recordó ir por fuera a avivar las brasas de la estufa de lata debajo de la bañera y arrojar algunos leños más para que el agua conservara el calor hasta la llegada de su madre, y cuando finalmente volvió a la sala, encontró a su madre todavía hablando de los *haiku* con su tía y tío, los tres en otra ronda de té. Su padre no estaba a la vista.

Al otro día en la escuela japonesa (miércoles, era), Rosie estaba grave y mareada por turnos. Absorta en el Libro Ocho en su escritorio de la fila para alumnos, lo compensó durante el recreo haciendo mímica desahogada para beneficio de su amiga Chizuko. Se apretó la nariz y dijo con voz quejosa una o dos cosas ingeniosas en lo que ella consideraba el estilo de Fred Allen; simuló una intoxicación y un acento británico para repasar el clímax de la charla de bar sobre William Ewart Gladstone; en la pequeña Shirley Temple silbando “En la buena nave Lollipop”; era la soprano caballero de los Four Inkspots trinando “Si no me importara”. Y se sintió razonablemente satisfecha cuando Chizuko lloró y jadeó: “¡Ah, Rosie, vos tenés que estar en el cine!”.

Su padre la fue a buscar al mediodía, trayéndole sándwiches de jamón picado y dos nectarinas para comer en el camino, de modo que ella pudiera dirigirse directamente a clasificar tomates en cuanto llegaran a la casa. Los frascos se estaban apilando, dijo, y los tomates maduros dentro probablemente tendrían que ser llevados a enlatar si no estaban listos para los transportistas esta misma noche. “El calor no les está haciendo nada bien. Y hoy no hay tiempo para descansos”.

De verdad hacía calor, probablemente el día más caluroso del año, y la camisa de Rosie se le pegaba a la espalda incluso bajo la protección de la lona. Pero trabajaba tan eficientemente como una máquina impecable, y mantuvo los cestos bien apilados, la mitad de su cabeza escuchando el murmullo paternal sobre el calor y los tomates y con la otra planeando las palabras exactas que le diría a Jesús cuando llegara manejando con la primera carga de la tarde. Cuando al fin vio llegar la pick-up sus manos perdieron el control y los tomates empezaron a caer en los cestos equivocados, y su padre dijo, “¡Ey, ey! ¡Rosie, prestá atención a lo que estás haciendo!”.

“Bueno, es que tengo que ir al *benjo*”, dijo, escondiendo el pánico. “Andá a los yuyos de allá”, bromeó sólo a medias.

“¡Oh, Padre!”, protestó.

“Dale, andá a casa”, dijo su madre. “Nos las arreglamos por un rato”.

En el baño Rosie espió hacia los cultivos a través de un hueco del tejido para observar todo lo que pudiera de Jesús. Felizmente pensó que lo vio mirar varias veces en dirección a la casa antes de terminar la descarga, y regresó hacia la parcela donde su padre y su madre trabajaban. Mientras caminaba hacia el cobertizo, un auto negro muy presentable ronroneó por el camino de tierra que llevaba a la casa y el conductor le hizo un gesto. ¿Es esta la casa de los Hayashi? Ella afirmó con la cabeza. ¿Era ella una Hayashi? Sí, respondió, mientras pensaba que el hombre era muy apuesto. Salió del auto con un paquete enorme y plano, y ella notó que llevaba puesto un caluroso traje de

negocios. “Entonces tengo algo para tu madre”, dijo, en un japonés más formal del que ella estuviera acostumbrada.

Le dijo dónde estaba su madre y él la siguió, palpándose la cara con un pañuelo blanco inmaculado mientras decía algo sobre la frescura de San Francisco. Para la sorpresa de su padre y su madre, se inclinó y se presentó a sí mismo como, entre otras cosas, el editor de *haiku* del *Mainichi Shimbun*, y dado que había que tenido que viajar hasta Los Angeles de todos modos, había decidido traerle el primer premio que ella había ganado en el último concurso.

“¿Primer premio?”, repitió su madre, creyendo sin creer, complacida y abrumada. Aceptando el paquete con una inclinación, sacudió la cabeza arriba y abajo numerosas veces para expresar su absoluta gratitud.

“No es mucho”, añadió él, “pero espero que sirva como muestra de nuestro gran aprecio por sus contribuciones y nuestra gran admiración por su considerable talento”.

“No soy digna”, respondió ella, cayendo con facilidad en el estilo del visitante. “Soy yo quien debe ofrecer un gesto de mi humilde agradecimiento por haberme permitido contribuir”.

“No, no, al contrario”, dijo él, inclinándose nuevamente.

Pero la madre de Rosie insistió, y admitiendo que estaba siendo poco ortodoxa, preguntó si podía abrir el paquete porque su curiosidad era demasiado grande. Claro que podía. De hecho, él prefería ver su reacción porque, personalmente, era uno de sus *Hirosige*⁶ favoritos.

Rosie pensó quera una imagen agradable, que parecía haber sido bosquejada con delicada rapidez. Había nubes rosas, que contenían una caligrafía grácil y un mar azul pálido excepto hacia los bordes, con cuatro veleros de junco con indicios de personas en ellos. Los pinos bordeaban el agua y en la playa a lo lejos un grupo de chozas con techo de paja se alzaban sobre las montañas punteadas de pinos en gris y en azul. El marco era ondulado y dorado.

Luego de que lo calificara como sin par y de alguna manera forzara a su padre para que lo confirmara con la cabeza, la madre de Rosie dijo que el señor Kuroda debía tomar al menos una taza de té después de haberse venido desde tan lejos, y aunque el señor Kuroda no quería imponer nada, pronto estuvo de acuerdo en que una taza de té sería refrescante y la acompañó hasta la casa, cargando la imagen por ella.

“¡Ja, tu madre está loca!”, dijo el padre de Rosie, y Rosie rió incómoda mientras volvía a separar tomates. Había vaciado seis frascos cuando su padre irrumpió en una conversación imaginaria con Jesús y le pidió que fuera a recordarle los tomates a la madre; ella avanzó con lentitud.

El señor Kuroda estaba en mangas de camisa, exponiendo alguna teoría sobre el *haiku* mientras masticaba una torta de arroz, su madre embelesada. Abatida frente a la presencia del gran hombre, Rosie esperó junto a la silla de su madre hasta que su madre la miró inquisitivamente, momento que Rosie aprovechó para empezar a susurrarle el mensaje, pero su madre la apartó con suavidad y le reprochó: “No estás siendo muy cortés con nuestro invitado”.

“Padre dice que los tomates...”, dijo Rosie en voz alta, sonriendo como una tonta. “Decile que estaré sólo un minuto”, respondió su madre usando el lenguaje del señor Kuroda.

⁶ Utagawa Hiroshige (歌川広重), nacido en 1797 y muerto en 1858, fue un pintor japonés del estilo *ukiyo-e*, grabados realizados xilográficamente, distinguido por sus series de estampas sobre Tokyo y el monte Fuji, y una de las mayores influencias de Vincent van Gogh y Claude Monet.

Cuando Rosie le llevó la respuesta a su padre, no pareció escucharla y Rosie tuvo que repetirla, “Madre dice que vuelve en un minuto”.

“Está bien, está bien”, asintió, y siguió trabajando en silencio. Pero de repente, su padre profirió un ruido increíble, exactamente como se descorcha una botella, y lo siguiente que Rosie supo fue verlo dirigirse furioso hacia la casa, de hecho casi corriendo, y Rosie fue tras él gritando. “¡Padre! ¡Padre! ¿Qué es lo que vas a hacer?”.

Él se detuvo lo suficiente como para ordenarle volver al cobertizo. “¡No te importa!”, gritó. “¡Seguí con la clasificación!”.

Y desde el lugar en los cultivos donde estaba parada, vacilante y aterrorizada, Rosie vio a su padre entrar en la casa. Pronto salió solo el señor Kuroda, poniéndose el saco. El señor Kuroda entró en su auto y dio marcha atrás por el camino y hacia la ruta. Luego salió su padre, también solo, con algo en brazos (era la imagen, supo) y yendo hacia la pila de leña para la caseta de baño, arrojó la imagen al suelo y levantó el hacha. Hizo trizas la imagen, vidrio y todo (ella pudo escuchar la explosión débilmente), se estiró para alcanzar el kerosene usado para alimentar el fuego del baño y lo volcó sobre la ruina. Estoy soñando, se dijo Rosie, estoy soñando, pero su padre, luego de asegurarse que su acto de cremación era irrevocable, ya estaba regresando a los cultivos.

Rosie lo dejó atrás en dirección a la casa. ¿Qué había sido de su madre? Irrumpió en la sala y encontró a su madre contemplando el fuego moribundo a través de la ventana trasera. Lo observaron juntas hasta que sólo quedó una débil estela de humo bajo el sol tremendo. Su madre estaba muy calma.

“¿Sabés por qué me casé con su tu padre?”, dijo sin volverse.

“No”, dijo Rosie. Era la pregunta más aterradora que le hubieran hecho. No me lo cuentes ahora, quería decir, contámelo mañana, contámelo la semana que viene, no me lo cuentes hoy. Pero sabía que lo iba a contar ahora que la respuesta iba a mezclarse con la otra violencia de la tarde caliente para arrasar su vida, su mundo al nivel del suelo.

Fue una historia como la de las revistas ilustradas en sepia, que ella había consumido tan ávidamente durante un tiempo hasta que le llegó el dato de que todas esas infelices autobiografías miserables eran, en su mayoría, invenciones. Su madre, a los diecinueve, había llegado a los Estados Unidos y se había casado con su padre como una alternativa al suicidio.

A los dieciocho se había enamorado del primogénito de una de las familias prósperas de su pueblo. Los dos se encontraban cómo y cuando podían, en secreto, porque no le hubiera convenido a su familia verlo con ella: el padre de ella no tenía dinero; era un borracho y además un apostador. Se había enterado de que estaba embarazada; un excelente arreglo matrimonial había sido decidido para su amante. Despreciada por su familia, había dado luz prematuramente a un bebé muerto, que hoy tendría diecisiete años. Su familia no la delató, pero ella ya no podía proyectarse en ninguna dirección sin despertar en ellos la memoria de su indiscreción. Le escribió a la tía Taka, su hermana favorita en los Estados Unidos, amenazando con matarse si no la mandaba a buscar. La tía Taka rápidamente arregló un matrimonio con un joven del que ella tenía conocimiento, recién llegado de Japón, un joven de mente sencilla pero de corazón amable. El joven nunca supo por qué su desconocida prometida estaba tan ansiosa en apurar el día de su encuentro.

La historia fue contada a la perfección, sin buscar las palabras ni pasión inconveniente. Fue como si su madre la hubiera aprendido de memoria, recitándosela tantas veces que la persistente vileza se había ido hace tiempo.

Literatura Norteamericana

“¿Tuve un hermano entonces?”, preguntó Rosie, porque esto era lo único que parecía importar ahora, ya pensaría sobre lo otro después, se aseguró a sí misma, apartando la iluminación que amenazaba toda esa oscuridad que hasta ahora era meramente misteriosa o incluso glamorosa. “¿Un medio hermano?”.

“Sí”.

“Me hubiera gustado un hermano”, dijo.

De pronto, su madre se arrodilló y la tomó de las muñecas. “Rosie”, le dijo con apremio, “¡prometeme que nunca te vas a casar!”. Impactada más por el pedido que por la revelación, Rosie observó la cara de su madre. Jesús, Jesús, dijo en silencio, sin estar segura de estar invocando la ayuda del hijo de los Carrasco o del de Dios, hasta que dulcemente regresó la memoria de la mano de Jesús, cómo la había tocado y dónde. Su madre aún esperaba una respuesta, sujetando sus muñecas tan fuertemente que sus manos se le estaban durmiendo. Trató de liberarse. Prometelo, su madre le susurró con fiereza, prometelo. Sí, sí, lo prometo, dijo Rosie. Pero por un instante ella se apartó, y su madre, al escuchar la conocida promesa vacía, la soltó. Ah, vos, vos, vos, dijeron sus ojos y su boca torcida, tonta. Rosie, cubriéndose la cara, al fin comenzó a llorar, y el abrazo y la mano consoladora llegaron mucho más tarde de lo que esperaba.

Hisaye Sakamoto “Seventeen Syllables” (1949)

The first Rosie knew that her mother had taken to writing poems was one evening when she finished one and read it aloud for her daughter's approval. It was about cats, and Rosie pretended to understand it thoroughly and appreciate it no end, partly because she hesitated to disillusion her mother about the quantity and quality of Japanese she had learned in all the years now that she had been going to Japanese school every Saturday (and Wednesday, too, in the summer). Even so, her mother must have been skeptical about the depth of Rosie's understanding, because she explained afterwards about the kind of poem she was trying to write.

See, Rosie, she said, it was a *haiku*, a poem in which she must pack all her meaning into seventeen syllables only, which were divided into three lines of five, seven, and five syllables. In the one she had just read, she had tried to capture the charm of a kitten, as well as comment on the superstition that owning a cat of three colors meant good luck.

“Yes, yes, I understand. How utterly lovely,” Rosie said, and her mother, either satisfied or seeing through the deception and resigned, went back to composing.

The truth was that Rosie was lazy; English lay ready on the tongue but Japanese had to be searched for and examined, and even then put forth tentatively (probably to meet with laughter). It was so much easier to say yes, yes, even when one meant no, no. Besides, this was what was in her mind to say: I was looking through one of your magazines from Japan last night, Mother, and towards the back I found some *haiku* in English that delighted me. There was one that made me giggle off and on until I fell asleep —

*It is morning, and lo!
I lie awake, comme il faut,
sighing for some dough.*

Now, how to reach her mother, how to communicate the melancholy song? Rosie knew formal Japanese by fits and starts, her mother had even less English, no French. It was much more possible to say yes, yes.

It developed that her mother was writing the *haiku* for a daily news-paper, the *Mainichi Shimbun*, that was published in San Francisco. Los Angeles, to be sure, was closer to the farming community in which the Hayashi family lived and several Japanese vernaculars were printed there, but Rosie's parents said they preferred the tone of the northern paper. Once a week, the *Mainichi* would have a section devoted to *haiku*, and her mother became an extravagant contributor, taking for herself the blossoming pen name, Ume Hanazono.

So Rosie and her father lived for awhile with two women, her mother and Ume Hanazono. Her mother (Tome Hayashi by name) kept house, cooked, washed, and, along with her husband and the Carrascos, the Mexican family hired for the harvest, did her ample share of picking tomatoes out in the sweltering fields and boxing them in tidy strata in the cool packing shed. Ume Hanazono, who came to life after the dinner dishes were done, was an earnest, muttering stranger who often neglected speaking when spoken to and stayed busy at the parlor table as late as midnight scribbling with pencil on scratch paper or carefully copying characters on good paper with her fat, palé green Parker.

The new interest had some repercussions on the household routine. Before, Rosie had been accustomed to her parents and herself taking their hot baths early and going to bed almost immediately afterwards, unless her parents challenged each other to a game of flower cards or unless

company dropped in. Now if her father wanted to play cards, he had to resort to solitaire (at which he always cheated fearlessly), and if a group of friends came over, it was bound to contain someone who was also writing *haiku*, and the small assemblage would be split in two, her father entertaining the non-literary members and her mother comparing ecstatic notes with the visiting poet.

If they went out, it was more of the same thing. But Ume Hanazono's life span, even for a poet's, was very brief—perhaps three months at most.

One night they went over to see the Hayano family in the neighboring town to the west, an adventure both painful and attractive to Rosie. It was attractive because there were four Hayano girls, all lovely and each one named after a season of the year (Haru, Natsu, Aki, Fuyu), painful because something had been wrong with Mrs. Hayano ever since the birth of her first child. Rosie would sometimes watch Mrs. Hayano, reputed to have been the belle of her native village, making her way about a room, stooped, slowly shuffling, violently trembling (*always* trembling), and she would be reminded that this woman, in this same condition, had carried and given issue to three babies. She would look wonderingly at Mr. Hayano, handsome, tall, and strong, and she would look at her four pretty friends. But it was not a matter she could come to any decision about.

On this visit, however, Mrs. Hayano sat all evening in the rocker, as motionless and unobtrusive as it was possible for her to be, and Rosie found the greater part of the evening practically anaesthetic. Too, Rosie spent most of it in the girls' room, because Haru, the garrulous one, said almost as soon as the bows and other greetings were over, "Oh, you must see my new coat!"

It was a pale plaid of grey, sand, and blue, with an enormous collar, and Rosie, seeing nothing special in it, said, "Gee, how nice."

"Nice?" said Haru, indignantly. "Is that all you can say about it? It's gorgeous! And so cheap, too. Only seventeen-ninety-eight, because it was a sale. The saleslady said it was twenty-five dollars regular."

"Gee," said Rosie. Natsu, who never said much and when she said anything said it shyly, fingered the coat covetously and Haru pulled it away.

"Mine," she said, putting it on. She minced in the aisle between the two large beds and smiled happily. "Let's see how your mother likes it."

She broke into the front room and the adult conversation and went to stand in front of Rosie's mother, while the rest watched from the door. Rosie's mother was properly envious. "May I inherit it when you're through with it?"

Haru, pleased, giggled and said yes, she could, but Natsu reminded gravely from the door, "You promised me, Haru."

Everyone laughed but Natsu, who shamefacedly retreated into the bedroom. Haru came in laughing, taking off the coat. "We were only kidding, Natsu," she said. "Here, you try it on now."

After Natsu buttoned herself into the coat, inspected herself solemnly in the bureau mirror, and reluctantly shed it, Rosie, Aki, and Fuyu got their turns, and Fuyu, who was eight, drowned in it while her sisters and Rosie doubled up in amusement. They all went into the front room later, because Haru's mother quaveringly called to her to fix the tea and rice cakes and open a can of sliced peaches for everybody. Rosie noticed that her mother and Mr. Hayano were talking together at the little table—they were discussing a *haiku* that Mr. Hayano was planning to send to the *Mainichi*, while her father was sitting at one end of the sofa looking through a copy of *Life*, the new picture

magazine. Occasionally, her father would comment on a photograph, holding it toward Mrs. Hayano and speaking to her as he always did — loudly, as though he thought someone such as she must surely be at least a trifle deaf also.

The five girls had their refreshments at the kitchen table, and it was while Rosie was showing the sisters her trick of swallowing peach slices without chewing (she chased each slippery crescent down with a swig of tea) that her father brought his empty teacup and untouched saucer to the sink and said, “Come on, Rosie, we’re going home now.”

“Already?” asked Rosie.

“Work tomorrow,” he said.

He sounded irritated, and Rosie, puzzled, gulped one last yellow slice and stood up to go, while the sisters began protesting, as was their wont.

“We have to get up at five-thirty,” he told them, going into the front room quickly, so that they did not have their usual chance to hang onto his hands and plead for an extension of time.

Rosie, following, saw that her mother and Mr. Hayano were sipping tea and still talking together, while Mrs. Hayano concentrated, quivering, on raising the handleless Japanese cup to her lips with both her hands and lowering it back to her lap. Her father, saying nothing, went out the door, onto the bright porch, and down the steps. Her mother looked up and asked, “Where is he going?”

“Where is he going?” Rosie said. “He said we were going home now.”

“Going home?” Her mother looked with embarrassment at Mr. Hayano and his absorbed wife and then forced a smile. “He must be tired,” she said.

Haru was not giving up yet. “May Rosie stay overnight?” she asked, and Natsu, Aki, and Fuyu came to reinforce their sister’s plea by helping her make a circle around Rosie’s mother. Rosie, for once having no desire to stay, was relieved when her mother, apologizing to the perturbed Mr. and Mrs. Hayano for her father’s abruptness at the same time, managed to shake her head no at the quartet, kindly but adamant, so that they broke their circle and let her go.

Rosie’s father looked ahead into the windshield as the two joined him. “I’m sorry,” her mother said. “You must be tired.” Her father, stepping on the starter, said nothing. “You know how I get when it’s *haiku*,” she continued, “I forget what time it is.” He only grunted.

As they rode homeward silently, Rosie, sitting between, felt a rush of hate for both—for her mother for begging, for her father for denying her mother. I wish this old Ford would crash, right now, she thought, then immediately, no, no, I wish my father would laugh, but it was too late: already the vision had passed through her mind of the green pick-up crumpled in the dark against one of the mighty eucalyptus trees they were just riding past, of the three contorted, bleeding bodies, one of them hers.

Rosie ran between two patches of tomatoes, her heart working more rambunctiously than she had ever known it to. How lucky it was that Aunt Taka and Únele Gimpachi had come tonight, though, how very lucky. Otherwise she might not have really kept her half-promise to meet Jesus Carrasco. Jesus was going to be a senior in September at the same school she went to, and his parents were the ones helping with the tomatoes this year. She and Jesus, who hardly remembered seeing each other at Cleveland High where there were so many other people and two whole grades between them, had become great friends this summer—he always had a joke for her when he periodically drove the loaded pick-up up from the fields to the shed where she was usually sorting while her

mother and father did the packing, and they laughed a great deal together over infinitesimal repartee during the afternoon break for chilled watermelon or ice cream in the shade of the shed.

What she enjoyed most was racing him to see which could finish picking a double row first. He, who could work faster, would tease her by slowing down until she thought she would surely pass him this time, then speeding up furiously to leave her several sprawling vines behind. Once he had made her screech hideously by crossing over, while her back was turned, to place atop the tomatoes in her green-stained bucket a truly monstrous, pale green worm (it had looked more like an infant snake). And it was when they had finished a contest this morning, after she had pantingly pointed a green finger at the immature tomatoes evident in the lugs at the end of his row and he had returned the accusation (with justice), that he had startlingly brought up the matter of their possibly meeting outside the range of both their parents' dubious eyes.

"What for?" she had asked.

"I've got a secret I want to tell you," he said.

"Tell me now," she demanded.

"It won't be ready till tonight," he said.

She laughed. "Tell me tomorrow then."

"It'll be gone tomorrow," he threatened.

"Well, for seven hakes, what is it?" she had asked, more than twice, and when he had suggested that the packing shed would be an appropriate place to find out, she had cautiously answered maybe. She had not been certain she was going to keep the appointment until the arrival of mother's sister and her husband. Their coming seemed a sort of signal of permission, of grace, and she had definitely made up her mind to lie and leave as she was bowing them welcome.

So as soon as everyone appeared settled back for the evening, she announced loudly that she was going to the privy outside, "I'm going to the benjo!" and slipped out the door. And now that she was actually on her way, her heart pumped in such an undisciplined way that she could hear it with her ears. It's because I'm running, she told herself, slowing to a walk. The shed was up ahead, one more patch away, in the middle of the fields. Its bulk, looming in the dimness, took on a sinisterness that was funny when Rosie reminded herself that it was only a wooden frame with a canvas roof and three canvas walls that made a slapping noise on breezy days.

Jesus was sitting on the narrow plank that was the sorting platform and she went around to the other side and jumped backwards to seat herself on the rim of a packing stand. "Well, tell me," she said without greeting, thinking her voice sounded reassuringly familiar.

"I saw you coming out the door," Jesus said. "I heard you running parí of the way, too."

"Uh-huh," Rosie said. "Now tell me the secret."

"I was afraid you wouldn't come," he said.

Rosie delved around on the chicken-wire bottom of the stall for number two tomatoes, ripe, which she was sitting beside, and came up with a left-over that felt edible. She bit into it and began sucking out the pulp and seeds. "I'm here," she pointed out.

"Rosie, are you sorry you came?"

"Sorry? What for?" she said. "You said you were going to tell me something."

"I will, I will," Jesus said, but his voice contained disappointment, and Rosie fleetingly felt the older of the two, realizing a brand-new power which vanished without category under her recognition.

"I have to go back in a minute," she said. "My aunt and uncle are here from Wintersburg. I told them I was going to the privy." Jesus laughed. "You funny thing," he said. "You slay me!" "Just because you have a bathroom inside," Rosie said. "Come on, tell me."

Chuckling, Jesus came around to lean on the stand facing her. They still could not see each other very clearly, but Rosie noticed that Jesus became very sober again as he took the hollow tomato from her hand and dropped it back into the stall. When he took hold of her empty hand, she could find no words to protest; her vocabulary had become distressingly constricted and she thought desperately that all that remained intact now was yes and no and oh, and even these few sounds would not easily out. Thus, kissed by Jesus, Rosie fell for the first time entirely victim to a helplessness delectable beyond speech. But the terrible, beautiful sensation lasted no more than a second, and the reality of Jesus' lips and tongue and teeth and hands made her pull away with such strength that she nearly tumbled.

Rosie stopped running as she approached the lights from the windows of home. How long since she had left? She could not guess, but gasping yet. She went to the privy in back and locked herself in. Her own breathing deafened her in the dark, close space, and she sat and waited until she could hear at last the nightly calling of the frogs and crickets. Even then, all she could think to say was oh, my, and the pressure of Jesus' face against her face would not leave.

No one had missed her in the parlor, however, and Rosie walked in and through quickly, announcing that she was next going to take a bath. "Your father's in the bathhouse," her mother said, and Rosie, in her room, recalled that she had not seen him when she entered. There had been only Aunt Taka and Uncle Gimpachi with her mother at the table, drinking tea. She got her robe and straw sandals and crossed the parlor again to go outside. Her mother was telling them about the *haiku* competition in the *Mainichi* and the poem she had entered.

Rosie met her father coming out of the bathhouse. "Are you through, Father?" she asked. "I was going to ask you to scrub my back."

"Scrub your own back," he said shortly, going toward the main house.

"What have I done now?" she yelled after him. She suddenly felt like doing a lot of yelling. But he did not answer, and she went into the bathhouse. Turning on the dangling light, she removed her denims and T-shirt and threw them in the big carton for dirty clothes standing next to the washing machine. Her other things she took with her into the bath compartment to wash after her bath. After she had scooped a basin of hot water from the square wooden tub, she sat on the grey cement of the floor and soaped herself at exaggerated leisure, singing "Red Sails in the Sunset" at the top of her voice and using da-da-da where she suspected her words. Then, standing up, still singing, for she was possessed by the notion that any attempt now to analyze would result in spoilage and she believed that the larger her volume the less she would be able to hear herself think, she obtained more hot water and poured it on until she was free of lather. Only then did she allow herself to step into the steaming vat, one leg first, then the remainder of her body inch by inch until the water no longer stung and she could move around at will. She took a long time soaking, afterwards remembering to go around outside to stoke the embers of the tin-lined fireplace beneath the tub and to throw on a few more sticks so that the water might keep its heat for her mother, and when she finally returned to the parlor, she found her mother still talking *haiku* with her aunt and uncle, the three of them on another round of tea. Her father was nowhere in sight.

At Japanese school the next day (Wednesday, it was), Rosie was grave and giddy by turns. Preoccupied at her desk in the row for students on Book Eight, she made up for it at recess by performing wild mimicry for the benefit of her friend Chizuko. She held her nose and whined a witticism or two in what she considered was the manner of Fred Allen; she assumed intoxication and a British accent to go over the climax of the Rudy Vallee recording of the pub conversation about William Ewart Gladstone; she was the child Shirley Temple piping, "On the Good Ship Lollipop"; she was the gentleman soprano of the Four Inkspots trilling, "If I Didn't Care." And she felt reasonably satisfied when Chizuko wept and gasped, "Oh, Rosie, you ought to be in the movies!"

Her father came after her at noon, bringing her sandwiches of minced ham and two nectarines to eat while she rode, so that she could pitch right into the sorting when they got home. The lugs were piling up, he said, and the ripe tomatoes in them would probably have to be taken to the cannery tomorrow if they were not ready for the produce haulers tonight. "This heat's not doing them any good. And we've got no time for a break today."

It was hot, probably the hottest day of the year, and Rosie's blouse stuck damply to her back even under the protection of the can vas. But she worked as efficiently as a flawless machine and kept the stalls heaped, with one part of her mind listening in to the parental murmuring about the heat and the tomatoes and with another part planning the exact words she would say to Jesus when he drove up with the first load of the afternoon. But when at last she saw that the pick-up was coming, her hands went berserk and the tomatoes started falling in the wrong stalls, and her father said, "Hey, hey! Rosie, watch what you're doing!"

"Well, I have to go to the *benjo*," she said, hiding panic.

"Go in the weeds over there," he said, only half-joking.

"Oh, Father!" she protested.

"Oh, go on home," her mother said. "We'll make out for awhile."

In the privy Rosie peered through a knothole toward the fields, watching as much as she could of Jesus. Happily she thought she saw him look in the direction of the house from time to time before he finished unloading and went back toward the patch where his mother and father worked. As she was heading for the shed, a very presentable black car purred up the dirt driveway to the house and its driver motioned to her. Was this the Hayashi home, he wanted to know. She nodded. Was she a Hayashi? Yes, she said, thinking that he was a good-looking man. He got out of the car with a huge, flat package and she saw that he warmly wore a business suit. "I have something here for your mother then," he said, in a more elegant Japanese than she was used to.

She told him where her mother was and he came along with her, patting his face with an immaculate white handkerchief and saying something about the coolness of San Francisco. To her surprised mother and father, he bowed and introduced himself as, among other things, the *haiku* editor of the *Mainichi Shimbun*, saying that since he had been coming as far as Los Angeles anyway, he had decided to bring her the first prize she had won in the recent contest.

"First prize?" her mother echoed, believing and not believing, pleased and overwhelmed. Handed the package with a bow, she bobbed her head up and down numerous times to express her utter gratitude.

"It is nothing much," he added, "but I hope it will serve as a token of our great appreciation for your contributions and our great admiration of your considerable talent."

"I am not worthy," she said, falling easily into his style. "It is I who should make some sign of my humble thanks for being permitted to contribute."

"No, no, to the contrary," he said, bowing again.

But Rosie's mother insisted, and then saying that she knew she was being unorthodox, she asked if she might open the package because her curiosity was so great. Certainly she might. In fact, he would like her reaction to it, for personally, it was one of his favorite *Hiroshiges*.

Rosie thought it was a pleasant picture, which looked to have been sketched with delicate quickness. There were pink clouds, containing some graceful calligraphy, and a sea that was a pale blue except at the edges, containing four sampans with indications of people in them. Fines edged the water and on the far-off beach there was a cluster of thatched huts towered over by pine-dotted mountains of grey and blue. The frame was scalloped and gilt.

After Rosie's mother pronounced it without peer and somewhat prodded her father into nodding agreement, she said Mr. Kuroda must at least have a cup of tea after coming all this way, and although Mr. Kuroda did not want to impose, he soon agreed that a cup of tea would be refreshing and went along with her to the house, carrying the picture for her.

"Ha, your mother's crazy!" Rosie's father said, and Rosie laughed uneasily as she resumed judgment on the tomatoes. She had emptied six lugs when he broke into an imaginary conversation with Jesus to tell her to go and remind her mother of the tomatoes, and she went slowly.

Mr. Kuroda was in his shirtsleeves expounding some *haiku* theory as he munched a rice cake, and her mother was rapt. Abashed in the great man's presence, Rosie stood next to her mother's chair until her mother looked up inquiringly, and then she started to whisper the message, but her mother pushed her gently away and reproached, "You are not being very polite to our guest."

"Father says the tomatoes..." Rosie said aloud, smiling foolishly.

"Tell him I shall only be a minute," her mother said, speaking the language of Mr. Kuroda.

When Rosie carried the reply to her father, he did not seem to hear and she said again, "Mother says she'll be back in a minute."

"All right, all right," he nodded, and they worked again in silence. But suddenly, her father uttered an incredible noise, exactly like the cork of a bottle popping, and the next Rosie knew, he was stalking angrily toward the house, almost running in fact, and she chased after him crying, "Father! Father! What are you going to do?"

He stopped long enough to order her back to the shed. "Never mind!" he shouted. "Get on with the sorting!"

And from the place in the fields where she stood, frightened and vacillating, Rosie saw her father enter the house. Soon Mr. Kuroda came out alone, putting on his coat. Mr. Kuroda got into his car and backed out down the driveway onto the highway. Next her father emerged, also alone, something in his arms (it was the picture, she realized), and, going over to the bathhouse woodpile, he threw the picture on the ground and picked up the axe. Smashing the picture, glass and all (she heard the explosion faintly), he reached over for the kerosene that was used to encourage the bath fire and poured it over the wreckage. I am dreaming, Rosie said to herself, I am dreaming, but her father, having made sure that his act of cremation was irrevocable, was even then returning to the fields.

Rosie ran past him and toward the house. What had become of her mother? She burst into the parlor and found her mother at the back window watching the dying fire. They watched together until there remained only a feeble smoke under the blazing sun. Her mother was very calm.

“Do you know why I married your father?” she said without turning.

“No,” said Rosie. It was the most frightening question she had ever been called upon to answer. Don't tell me now, she wanted to say, tell me tomorrow, tell me next week, don't tell me today. But she knew she would be told now, that the telling would combine with the other violence of the hot afternoon to level her life, her world to the very ground.

It was like a story out of the magazines illustrated in sepia, which she had consumed so greedily for a period until the information had somehow reached her that those wretchedly unhappy autobiographies, offered to her as the testimonials of living men and women, were largely inventions: Her mother, at nineteen, had come to America and married her father as an alternative to suicide.

At eighteen she had been in love with the first son of one of the well-to-do families in her village. The two had met whenever and wherever they could, secretly, because it would not have done for his family to see him favor her —her father had no money; he was a drunkard and a gambler besides. She had learned she was with child; an excellent match had already been arranged for her lover. Despised by her family, she had given premature birth to a stillborn son, who would be seventeen now. Her family did not turn her out, but she could no longer project herself in any direction without refreshing in them the memory of her indiscretion. She wrote to Aunt Taka, her favorite sister in America, threatening to kill herself if Aunt Taka would not send for her. Aunt Taka hastily arranged a marriage with a young man of whom she knew, but lately arrived from Japan, a young man of simple mind, it was said, but of kindly heart. The young man was never told why his unseen betrothed was so eager to hasten the day of meeting.

The story was told perfectly, with neither groping for words nor un-toward passion. It was as though her mother had memorized it by heart, reciting it to herself so many times over that its nagging vileness had long since gone.

“I had a brother then?” Rosie asked, for this was what seemed to matter now; she would think about the other later, she assured herself, pushing back the illumination which threatened all that darkness that had hitherto been merely mysterious or even glamorous. “A half-brother?”

“Yes.”

“I would have liked a brother,” she said.

Suddenly, her mother knelt on the floor and took her by the wrists. “Rosie,” she said urgently, “Promise me you will never marry!” Shocked more by the request than the revelation, Rosie stared at her mother's face. Jesus, Jesus, she called silently, not certain whether she was invoking the help of the son of the Carrascos or of God, until there returned sweetly the memory of Jesus' hand, how it had touched her and where. Still her mother waited for an answer, holding her wrists so tightly that her hands were going numb. She tried to pull free. Promise, her mother whispered fiercely, promise. Yes, yes, I promise, Rosie said. But for an instant she turned away, and her mother, hearing the familiar glib agreement, released her. Oh, you, you, you, her eyes and twisted mouth said, you fool. Rosie, covering her face, began at last to cry, and the embrace and consoling hand came much later than she expected.